

Una noche no tan buena

Autoría: Lucía Álvarez Martínez, Marina Blanco Blanco, David Cosío Díaz, Jannette Freire Piquín y Víctor González Gayol

Me acuerdo de la primera navidad que pasé con su familia. Éramos pocos, y todos nos conocíamos. No había un ambiente enrarecido, pero tampoco se oían risas. La conversación parecía fluir de manera alternante, como una bombilla que no termina de fundirse.

Ella nunca se preocupaba, pelaba las gambas y se las llevaba a la boca con una expresión de placer que rompía con la seriedad del resto. Parecía estar en otro lugar, en su propio mundo. Eso era lo que me gustaba de ella. Nunca dejaba que lo que opinasen los demás le impidiese disfrutar de lo que fuera.

Fue entonces, en un segundo, mientras su padre bebía sidra, yo me esforzaba en cortar la ternera y la perra roncaba en su cama, cuando llamaron a la puerta. No esperábamos a nadie. ¿Quién iba a venir a esas horas en Nochebuena? Sin decir nada, su madre se levantó para ir a ver quién llamaba. Descorrió el cerrojo y lo que vio la dejó perpleja.

En la puerta había un hombre alto y de complexión atlética. Tenía el pelo rubio y los ojos azules y vestía un traje demasiado elegante para la ocasión. La mujer no sabía qué decirle. Miró a Soraya, su hija, pero ella tampoco entendía nada. Tartamudeando, la madre le preguntó si deseaba algo. Entonces, el hombre sacó del bolsillo de la chaqueta una fotografía. Después, se quitó el sombrero y, entregándosela a Soraya, le dijo:

—Solo un día, 24 horas. Tú eliges.

Mientras terminaba de pronunciar estas palabras, se fue por donde había venido, dejándonos atónitos. La madre de Soraya cerró la puerta y se sentó junto a su hija, que nos enseñó la fotografía. En ella se veía a un niño de unos siete años. Era rubio y delgado y tenía los ojos azules. Sus padres no lograban reconocerlo y yo nunca había visto esa cara, pero parecía que ella sí sabía de quién se trataba. Acercando la fotografía a los labios, murmuró:

—24 horas... ¿Será suficiente?

Al oírla murmurar, su madre le preguntó:

—Hija, ¿quién era ese hombre? ¿Le conoces de algo?

Ella, sin perder la calma en ningún momento, le dijo:

—No lo sé, eso mismo me estaba preguntando yo.

Después todo fue silencio. Ya nadie hablaba, y en los rostros podía apreciarse cierta preocupación. Incluso Soraya había cambiado su actitud. Seguía en su mundo, sí, pero ahora ya no disfrutaba tanto de la comida, sino que parecía sumida en sus pensamientos. Se preguntaba si podría llevar a cabo la misión que le había encomendado ese hombre en tan poco tiempo y, tras unos minutos pensando, decidió contarnos todo. El niño había aparecido abandonado en el descampado montañoso que rodea la ciudad y ella lo había encontrado en uno de sus paseos por el monte que tanto le gustaba dar por las mañanas de los fines de semana. Él le pidió que por favor lo ayudase a encontrar algún sitio en el que poder estar unos días, ya que su madre le había dicho que era mejor que nadie supiese dónde estaba para evitar que su padre lo encontrase.

Soraya siempre me había demostrado tener un corazón de oro y en esta ocasión también actuó como tal. Decidió hablar con Victoria, una de sus mejores amigas, para alojarlo en el apartamento en el que vivía alquilada. Ella contestó que no tenía ningún problema y así procedieron.

—Supongo que el hombre que llamó a la puerta era su padre. No tengo ni idea de cómo me ha podido relacionar con él, pero lo está buscando y, si no se lo devuelvo en 24 horas, iré a por su madre y a por mí. En cuanto pudimos, Victoria y yo pusimos al corriente a la policía para intentar detener al padre y dudo que, aunque llamemos ahora mismo y les demos una descripción de este hombre, puedan pillarlo a tiempo —comentó.

—Tenemos que intentarlo. Llamo yo —dije.

Mientras transcurrió la conversación fuimos terminando la comida y, mientras yo cogía el teléfono, los padres de Soraya se dispusieron a colocar sobre la mesa bandejas de turrón, mazapanes y otras delicias típicas de la época. Tras comer un trozo de turrón de chocolate, mi favorito, me levanté y cogí el móvil para llamar a la policía. Me lo cogieron muy rápidamente, así que yo tampoco perdí un momento para darles la descripción más exacta que pude del hombre. Cuando hube terminado, vi que la voz del agente que me atendía se quebró de repente. “Lo siento, no podemos hacer nada”, me dijo.

—¿Por qué no? —pregunté extrañado.

Por toda respuesta, recibí un escueto “feliz navidad” antes de que la comunicación se cortara.

No había duda, ese hombre había dado más problemas más allá de perseguir a su hijo. Cuando todo parecía perdido, Soraya tuvo una gran idea: “llamaremos a otra comisaría, no deberían conocerlo”.

Probamos a llamar a varias comisarías de pueblos y ciudades cercanas, sin saber que algo trágico estaba a punto de ocurrir. Concentrados como estábamos en el teléfono, no nos dimos cuenta de que alguien nos escuchaba. Fue la madre

de Soraya quien dio la voz de alarma: “¿Quién hay ahí?”, acertó a preguntar antes de recibir un certero disparo en el pecho que acabó con su vida.

Entonces, masticando un mazapán con expresión de desdén, con un sombrero y unos zapatos de claqué, la perra cruzó el umbral de la puerta.

—Feliz navidad, cacho perros.

Entonces abrí los ojos. Un dolor sordo me martilleaba en el estómago.

Estaba hecho polvo, eso era seguro. Camino al baño miré la hora, las cuatro de la mañana. Me había quedado dormido en el sofá. Vomité en el váter, maldije los malditos polvorones de mi suegra y me quedé allí un rato abrazado al inodoro.

Vaya navidad. Todos los años igual. Harto me tenían de tanta gamba, tanto langostino y el puñetero turrón de almendras. Se había acabado la maldita navidad y no pensaba volver a caer en su trampa.